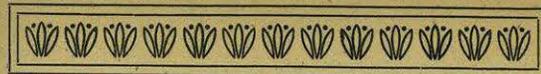




Dedicadas



A Mariano José de Larra

(En la colocación de su lápida)



Sonrisa de la ironía,
falso afeitte, falso velo
y falsa máscara fría,
¿vas á negarte al consuelo
de un poco de poesía? . . .

Zozobra sienten de ti
los que te vienen á honrar;
que están viéndote asomar
y afectan burlas aquí,
donde es sazón de llorar.

Sonrisa de la ironía,
¿cómo habré yo de temerte,
si aun estoy viendo aquel día
cuando te abrasó la muerte,
la falsa máscara fría?

Mozo galán, bien nacido,
para alzar el derruido
altar sobre los escombros,
¿por qué negaste los hombros,
si tenías el sentido?

Alma en llamas, cruda estrofa
de ardiente desasosiego,
¿para qué arrojaste, ciego,
las cenizas de tu mofa
sobre el volcán de tu fuego?

¡Tributo á la liviandad
de la gente que te oía!
¡Cota, en que la Humanidad
mellaría su impiedad
si, oyéndote, sonreía!

Tu fe nueva, ardentemente
te inspiraba un gesto ardiente;
pero no queriendo, fiero,
que lo riera la gente,
lo reiste tú primero.

Y, frívola en la sonrisa
que comentaba tus penas,
la gente aplaudió sumisa,
sin ver que hacías tu risa
con la sangre de tus venas.

¡Ay, era duro el camino
y tú tierno para él!...
Mañanero el laurel vino;
pero te hería un laurel
hecho con ramos de espino.

Acaso, á la madurez,
te libraras del abismo
sintiéndote, en tu humorismo
fatigado y, á la vez,
prisionero de ti mismo.

Pero tus obras fatales
eran tantas y eran tales,
que ufanamente crecieron
y en la mitad te pusieron
de un círculo de zarzales.

No había pasar por él
sino hiriéndote y sangrando;
te mordía tu laurel;
te lo arrancaste, dejando
entre sus hojas tu piel.

¡Ay, en los días aquellos
una voz fuerte y precisa!
¡Unos labios de hoy, y en ellos,
unos apóstrofes bellos
que condenaran tu risa!

¡Un grito de juventud,
un puño de independencia
que aquietaran tu inquietud
en la santa incandescencia
del bien y de la salud!...

¿Por qué dudaste?... Si entonces
te hubieran contado extraños
labios: «Pasados cien años,
andaré tu nombre en bronces...»
¿no habrías tú dicho: «¡Engaños!»?

Y si lo hubieras creído,
mozo galán, pecho puro,
¿no se habrían diluido
tus llantos del mal vivido
en la piedad del futuro?...

—Ahora, mira . . . Humildes, sabios,
el pueblo, el vate, el artista,
te invocan en desagravios:
¡toda tu España entrevista,
que aprendió á hablar de tus labios!

¡Antes lo hubieras creído
y hoy no exaltaría, triste,
mi espíritu conmovido,
de todo tu arte cumplido
el mejor . . . el que no hiciste! . . .



A Schiller

(En su centenario)



Dinos de nuevo, Padre y Maestro,
la ingenuidad de tu noble palabra;
desde tu siglo, llégate al nuestro,
¡oh Triunfador de la muerte callada!

Dinos el verbo tan generoso
que anima un siglo sin agotarse;
¡ven!, que aun te queda en el tuyo precioso
con que llenar de tus hijos el cáliz.

Dinos, tutor de las cosas humildes,
la perfección del prodigio diario;
haznos amar en las cosas humildes
la reflexión del amor soberano!

Ven á esparcir sobre nuestras disputas
las amapolas mezcladas de espigas,
y en nuestra hoguera de secas virutas
depongan mirra tus manos amigas!

Ven á la arena de nuestros desiertos,
ven á la cárcel de nuestras ideas;
baja, Inmortal, á animar á los muertos,
cuando bostezan en sus asambleas!

¡De esta sequera de cuerpos y almas
tú no tuviste noticia, viviendol
¡Tú conocías el son de las palmas
que las doncellas agitan riendol

Tú habías visto reir las doncellas
mientras jugaban con frutas y niños;
cuando querías cantar para ellas
y ellas te hacían cantar con sus guiños.

De la palabra nacían canciones,
de las canciones brotaba el sentido;
tú encadenabas los corazones
con un cordón de estrofas florido.

Tú respondías al ansia del pueblo
y él, á tu canto, se estremecía;
que tú regías el ansia del pueblo
como el Sol rige el carro del día!

Tú no veías pasar sin hablarte
los desvalidos y los desnudos;
tú no veías al pueblo mirarte
como te miran los sordo-mudos...

El doloroso pasmo del pueblo
no les cortó á tus canciones el giro,
el miserable pasmo del pueblo
no te cuajó en la garganta el respiro.

¡Oh bienhadado cambio fecundo!
¡Oh florecer de los mutuos abrazos!
En esta unión del poeta y el mundo,
no sé quien tiene al otro en sus brazos.

Sé que no hay ansia en la carne nacida
que no florezca en místico emblema;
sé que el valiente latir de la vida
entra á compás en la estrofa suprema.

Sé que el poeta y el mundo abrazados
son más que mundo y más que verdad;
sé que, al verlos llegar transfigurados,
les abre Dios la inmortalidad!

¡Díselo tú, viejo Pedro y Maestro,
á estos que dudan y viven dudando!
Y, al ver que un siglo no apaga tu estro,
renazca el mundo á gozar del milagro.

Díselo tú, con más furia que entonces,
que á fe que están como nunca dormidos;
ponles guirnaldas de nuevo á tus bronces
y hazlos temblar en los aires heridos.

Aviva el fuego al antiguo entusiasmo,
unge en tu brasa las lenguas profanas,
y arranque al pueblo, otra vez, de su pasmo
la vieja voz de tus nobles campanas!

París, Mayo 1905.



En la muerte de Carducci (*)



I

Tú ven aquí, renuevo mío, vaso
abierto apenas al fluir del tiempo,
flor de mi sangre, fruto mío en tierra,
animación de mis entrañas, hijo;

quíétalo con los dos brazos tuyos
y en tu regazo á que me escuche siéntalo;
agua en remanso su impaciencia sea,
y, ufana de él, guarda silencio, esposa.

Para los dos quiero mover el verso,
que en el dolor el alma mía gime,
y he de cantar y he de llorar cantando
y yo no sé si guardaré nobleza.

(*) Llegó á mis oídos la noticia de esta muerte, cuando yo terminaba mis preparativos para un viaje á Italia, que había de ser una peregrinación á su hogar.

II

Hoy no vendrán, á prima tarde, amigos
á discutir de las civiles cosas,
ni en torno tuyo, que la encarnas viva,
la diadema de la patria haremos.

¡Retira inútil la botella de oro,
torna los vasos al vasar intactos,
cierra la puerta, como en la alta noche
y entra á llorar, que ha habido muerte en casa!

¡Italia, Italia! Lugar santo, asilo,
principio y fin de peregrinaciones:
¡se ha puesto el sol en tus colinas verdes
y toda tú llevas cendal de viuda!

Vosotros dos, que me escucháis, amores,
no habéis de ser al duelo mío extraños,
que hechos estáis á recoger el aire
rico del són de sus estrofas de oro.

Ya, cuando vengan los maduros años
y dócil sea al recitar tu lengua,
y en tu memoria ponga yo sus versos,
semilla rica en surcos nuevos, hijo,

te ha de sonar la cardinal palabra
á eco perdido de otra edad; ya tuya
no puede ser, como fué mía — ¡el hombre,
el ciudadano de la Italia, ha muerto!

¡Oh, yo que hacía de su casa un templo
y un culto pío del soñado viaje,
y de llegar — pobre extranjero obscuro —
á los umbrales de su puerta un triunfo!

Este resorte de mi vida pierdo;
este dolor llevo en el alma, Italia,
que ya su silla abandonó el maestro:
tu mejor templo ya no tiene imagen...

III

¡Oh manos pías del cantor glorioso,
ya no pondréis, en esta tierna frente
del hijo mío, al descansar en ella,
la unción civil que para él quería!

¡Oh lengua de oro del cantor glorioso,
ya no dirás por aquel modo eterno,
viendo á mi amiga en devoción mirarte,
cómo está en ella la belleza antigua!

Ya no podré, viéndote vivo, en medio
de tu apacible actividad diurna,
aquilatar con qué labor trocabas
en poesía toda cosa viva.

Ya tus dos ojos, que cerró la muerte,
no me dirán el principal secreto;
ya inmortal todo es para mí tu canto;
ya tu arte entero para mí es enigma.

Llevó la Muerte á funerales sitios
todo el caudal de tu armonioso esfuerzo,
y, de él privado, como en las sequías,
súbitamente vale el mundo menos.

IV

Pasarán años en sopor de ideas;
el manto rojo que él te ha dado, Italia,
como las lavas de Herculano y Napoli,
se ha de apagar en calladas cenizas;

adentro, adentro, en los inviernos tristes,
con agua y sangre haciendo limo, el poso
de tus canciones calará las almas;
la Humanidad se nutrirá en tu verso.

¡Entraste al mundo por la puerta humilde
y ojos esclavos al nacer te vieron;
sales del mundo por la puerta grande
y entre las palmas de la Italia libre!

¡Oh tornavoz y evocador del Foro,
hijo de dioses, que has traído germen
de eternidad á los dominios nuestros,
la Humanidad custodiará tu nombre!

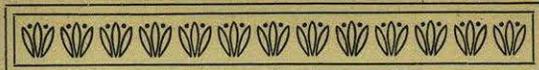
V

— Tú, dulce amiga, que conmigo hacías
del viaje pío una piadosa fiesta,
pon á provecho la nativa gracia
y entra en los campos y prepara flores;

que mientras cruce los eternos arcos
sombra gloriosa con la frente blanca,
Horacio á un lado, Garibaldi al otro,
el ciudadano y el poeta, pongan

tus manos, llenas de piedad, al mármol
que ha de cubrir la funeraria urna,
guirnalda ancha de redondas rosas,
postrer tributo al amador de Lálage.

Madrid, Febrero 1907.



La obra póstuma del poeta (*)

(A Jacinto Verdaguer)



I

En la montaña, montaña,
en la montaña moría;
que el Sol le ha dado enseñanzas
para hacer puesta magnífica.

Nubes le son sus recuerdos,
mar azul su fantasía;
ni le falta, como al Sol,
la soledad infinita...

Cuando dobla la cabeza,
tiembla, acabándose el día;
cuando le cierran los ojos,
se hace una noche sombría.

(*) Conmemora la muerte del gran poeta catalán, acaecida en una casita de la montaña del Tibidabo. Verdaguer dejó al morir, entre sus papeles, varias obras inéditas, entre las que recordamos: *Tenerife, Colón, Rondalles, Perles, L'Eucaristie, Els Sants, Els Pobres, Lo Cel, El Trovador, El cantich dels cantichs*, etc. Algunas se han publicado ya.

De lejos le mira el pueblo;
¡malas suertes vaticinal
Que todo el sol de sus campos
en la montaña moría.

Cuando se llega la noche,
duda la gente sencilla: . . .
¿si el Sol que ha tenido ocaso
también aurora tendría? . . .

En el cuenco del sepulcro
han trabajado tres días;
que para tanta grandeza,
gran obra se necesita.

Le entierran como sin ganas,
y el pueblo, que le seguía,
le va murmurando quedo
sus versos por letanias.

Y — como en otro sepulcro —
unos á otros se decían:
«¿Si el muerto crucificado
también resucitaría? . . .»

II

En la casa del poeta
grandes maravillas pasan;
sobre ruinas de la muerte
canturias de vida estallan.

Sobre el sepulcro del muerto
una voz perenne canta;
al cabezal de su lecho
está su musa sentada.

Más joven está que nunca,
más rendida y adornada,
perdido el temor obscuro
de las tormentas pasadas.

Con cada piedra que, audaces,
le tiraron por la espalda,
fué levantando el poeta
de sus obras el alcázar.

Cada recuerdo de entonces
florece en una cantata;
cada dolor fué una hebra
con que tejió una corrandá.

¡Buena herencia de poeta
los tesoros de sus arcas!
Todos cubiertos de polvo
sus papeles se borrarán . . .

¡Venid, que el huerto está tierno,
la primavera es llegada
y bajo el polvillo de oro
rosas sangrientas estallan!

¡Buen río fué de dolores
la amarga vida pasada!
¡Fortuna fué si en el mar
se hundió su corriente amarga!

¡Venid, que expiró el invierno
y se abajaron las aguas,
y toda de verde hierba
está la tierra sembrada!

A más libertad de vuelos
abrió la madre las alas;
pero el nido queda lleno
de la caliente nidada.

Huyóse la mariposa
á la luz que la tentaba;
¡ved qué capullos nos deja:
todos de seda esponjada!

¡Ved el humilde hortelano
qué ricos huertos plantaba!
¡Los hijos de nuestros hijos
se amarán bajo sus ramas!

¡En qué tazones de oro,
en qué escudillas de plata
ponía á endulzar los mostos
y el agraz acompotaba!

¡Cómo les daba á sus obras
la vida que le quitaban!
¡Cómo se hacía con ellas
una perfección diaria!

Le dieron mansión de rocas;
él de flores la sembraba;
con el llanto de sus ojos
humedecía las zarzas.

Venid, que la maravilla
olor de leyenda exhala;
después de muerto, el poeta
canta mejor que cantaba.

No hay que preguntar, hermanos,
si es rosal de buena raza;
todo parecía mustio
y le cortaron las ramas.

Le abandonaron por muerto;
ninguno de él se cuidaba;
asomó la primavera:
¡mirad cómo retoñaba!

Estas son rosas eternas,
aunque parezcan tempranas:
¡venid, que el huerto está tierno
y la cosecha no acaba!

III

Los que al ocaso lloraron
en la montaña, montaña,
vuelven los ojos al mar
y bendicen la mañana...

Junio 1903.





Elogio

(Al pueblo que acompañó los restos de Chapí).



¡Honor á ti, que le supiste honrar!...

¡Oh, mar del pueblo!... ¡Oh, quién dijera, al verte,
en tu labor, endurecido y fuerte,
que así te agite el soplo de una muerte!

¡Oh, mar del pueblo!... En tu inquietud sombría,
nunca se ha malogrado una energía,
gota de sangre ó lágrima del día.

¡Oh, mar del pueblo!... Por tus soledades,
todos los vientos mueven tempestades,
todos los astros íntimas piedades.

Este, á quien haces el postrero culto,
del labio mudo, del exangüe bulto,
en ti tenía su sacrario oculto.

Luchó viviendo y ni esperanza, acaso,
tuvo de verte, en su doliente caso,
rendirle guardia al postrimero paso.

Que él agitaba una ideal quimera
y vivió esquivo, en soledad austera,
de luz de aurora haciendo una bandera.

Y él no sabía, pueblo, no sabía
que tan cerca, en sus ansias, te tenía,
porque eres mar y de ti nace el día.

¡Oh, nuevo encanto del vetusto rito!
¡Oh, consuelo del símbolo infinito
que encerró Grecia en el glorioso mito!

Orfeo, padre, da su voz al viento
en la tristeza de su apartamiento,
á solas con el mar, que escucha atento.

Y el solitario bardo pensaría
que aquel su alado canto se extinguía,
blando y estéril, en la paz del día.

Pero, á su voz, las rocas se conmueven
y, como luz, el ritmo aquel embeben
y de su asiento secular se mueven.

Y acaba el bardo... y mira, eternizada,
su estrofa de oro en una dilatada
arquitectura de ciudad sagrada...

¡Oh, mar del pueblo; oh, rocas poderosas
de gigantes espaldas laboriosas,
todas, en alta música, armoniosas!

Plasmáís, de nuevo, como en lo remoto,
de esta lira de fuego que se ha roto,
la forma alada y el diseño ignoto.

No se ha perdido, en la impiedad del día,
aquel hilo de aurora, que movía
de tus propias entrañas, raza mía.

No se ha perdido; que cayó en tus trojes,
y tú, á futura formación lo acoges
con estas flores que en su tumba coges.

¡Oh, gran misterio el de esta sepultura! ...
Lo que fué, en él, sólo armonía pura,
ya pasa, en ti, á formada arquitectura ...

Y harás realidad de su quimera,
y su armonía te será bandera;
telar, su lira, en que tejérla, fiera.

Y él será en ti, por modo pleno, ahora,
¡oh, mar del pueblo!, que llegó la hora
de hacer que cuaje en sol aquella aurora.

Abriste las entrañas, raza mía;
ya está, en ti, su semilla de armonía:
¡lleva al futuro la cosecha pía!

Y torna á la inquietud y al laborar,
pueblo compensador, piedra de altar,
tierra de trigos, plenitud de mar:

¡honor á ti, que le supiste honrar!

31 Marzo.



À Mariano Benlliure (*)



I

Oye de qué manera
—gran corazón de niño en alma fiera—,
cuando tu ofrenda temple sus dolores,
te pagará tu Italia tus amores ...

Dirán los que en su arrastre
llenó de gestos grandes el Desastre:
«Este que llega y nos consuela, hermano,
nos recuerda á Pompeya y Herculano ...

»Si la ceniza y el dolor cayeron
sobre las maravillas que esculpieron
nuestros padres, son manto
que las preserva del total quebranto.

»Y hoy nuestra Italia, en paños de ceniza,
el arte de sus padres eterniza;
y en una sepultura
intacta guarda su mejor hechura.

(*) Celebra el gesto de nuestro escultor cediendo obras suyas para una suscripción á favor de las víctimas de la catástrofe en Messina.

»Pompeya y Herculano
truecan la muerte en áurea vida, hermano,
y el sol ya ríe en ellas cuando irisa
el mármol, hecho flor, de una cornisa.

»¡Oh, lo mismo, lo mismo este que llega
á consolarte en tu desdicha ciega,
trocó, Italia, dolido de tu herida,
la muerte, en arte; el arte, en nueva vida!

»¡Oh, lauros en su sien!... Hermana, hermano,
¡besos en esta mano,
que, como un sol, en nuestra muerte, irisa
el mármol, hecho flor, de una cornisa! ... »

II

Dirá la voz sonora
que hizo el renacimiento
en la nación, atormentada ahora,
y dará, pía, el nombre tuyo al viento ...

III

Y á un hambriento mendigo
ya agonizante en el hendido suelo,
devolverás tú el arte de su abuelo
convertido en harina y pan de trigo.

Y á una madre infeliz que ya mentaba
besando al hijo, su funesta estrella,
tú le demostrarás cómo pensaba,
partiendo piedra, el Buonarotti en ella.

Y este tullido labrador enjuto
que de su prole ya se despedía,
se quedará en la tierra todavía,
porque tú le has amado en Benvenuto ...

¡Oh, comunión de la Belleza! Vuelves
á unir hombres en días violentos ...
Tú la adoras, comulgas ... ¡y devuelves
el pan á los hambrientos!

¡Oh, tierra generosa el alma tuya!
¡Grasa tierra de huerto levantino
que no hay gota de sol, que, en un divino
florece de piedad, no restituya! ...

IV

... Torna, torna á escuchar: que este, que mueve
ahora la voz imperativa y breve,
hecho de sombras, en la sombra hirsuto,
es Aquel, niño y grande, Benvenuto!

Y dice: « — El Arno y el sonoro puente
luminoso, sobre él, de orfebrería,
vibren con pertinaz martillería
desde que el Sol apunta hasta el Poniente!

»Y la estirpe de aurífices valiente
que yo enseñé á esculpir, labre, obra mía,
en oro virgen esta alegoría
que yo destino á un hijo mío ausente.

»Un río graben en la diestra parte,
y en la mitad un cándido molino,
y perlas finjan las harinas blandas...

»Y sea el río — imagen sacra — el Arte;
tu alma, el molino, artista levantino;
las harinas, el óbolo que mandas.»

V

ENVÍO

— Si de Italia te viene esta corona
y yo sin arte la enlacé, perdona;
que, al cabo, la asegura y la mantiene
venir de donde viene,
y en mí disculpa la ruindad del canto,
que la emoción se me convierte en llanto.



À Ignacio Zuloaga (*)



I

Pisa Madrid, que es indolente villa,
suave en su depravada ligereza,
alcázar y mercado en una pieza,
en oros y en sillares amarilla.

Pisa Madrid, castillo de Castilla,
donde para en boato la nobleza;
torreón que fué antaño fortaleza
y hoy á la chusma pícara se humilla.

Pisa Madrid, y al triunfo de sus soles
da el estandarte y la leyenda dura
que impusieron al mundo tus pinceles;

que al cabo es tradición entre españoles,
hijos de la conquista y la aventura,
el traer extranjeros los laureles.

(*) Es un saludo al gran artista, cuando llegó á Madrid, después de su triunfo como pintor en el Salón Nacional, en París (1908).

II

Dobla á Madrid la recia contextura
tú, gran Monarca en corro de bufones,
y cuélgale tus lienzos por blasones,
si los puede aguantar su arquitectura.

Supremo dictador, negra figura,
yérguete á moderar sus expansiones
y haz que llegue á los últimos rincones
la ley de salvación de tu pintura.

Y que, al servir de evocación tu diestra,
la evocación el rostro nos azote
y el gesto tuyo transcendencia sea

á aquel otro castizo, con que muestra
al capitán soberbio en el garrote.
el alcalde mayor de Zalamea.

III

Devotamente la canija Europa
fué tuya en el estrépito que hacías
cuando, llamado á su festín, servías
el viejo vino en la moderna copa.

Besó tu mano y adoró la tropa
de negras y doradas fantasías,
donde á tu España acatamiento hacías,
de sangre y fuego en la pintada ropa.

Y fué de nuevo un fatigar los ecos
al recio nombre de la España fiera
por toda Europa en imperial arrastre;

mientras al son de sus palillos huecos,
Carmen cantaba su última habanera
en la gris madrugada del Desastre.

IV

Nos vuelves hoy, nos vuelves y abandonas
al brazo amigo el brazo fatigado,
ó del combate en que las has ganado
ó del trabajo de aguantar coronas.

Nuestra mano en las tuyas aprisionas
y quedas largo término embargado,
como aquel que á su hogar poco ha tornado,
el lugar examina y las personas.

No dudes... es España. Esta es tu España,
banal, ligera, frívola, indolente,
y tan perdida en el villano roce,

que cuando la saluda y la acompaña
en tus pinturas la extranjera gente,
ella mira y no ve... No se conoce.

V

Lienzos que perpetuáis nuestra leyenda,
manos que en estos lienzos la dejaron;
lienzos que lienzo sois de nuestra tienda,
manos que por pendón los pasearon;

triunfadores volvéis de la contienda
al exiguo solar que nos dejaron;
lienzos llenos de amor como una ofrenda,
manos que amor y fuerza les pasaron...

Así un fragor de vida renaciente
surja al arrimo vuestro visionario
y á España se le limpien las cegueras,

ó seréis desdeñados fatalmente,
lienzos, de oficio trágico, sudario,
y manos que evocáis, sepultureras.



Odas de la ciudad